

EL SENTIMIENTO ESTÉTICO.

SEÑORITA DIRECTORA:

SEÑORES: COMPAÑERAS:

Agradeciendo la bondad de mi amable y distinguida profesora que me ha honrado con su elección, me atrevo hoy á hablar á ustedes no obstante que mi escasa inteligencia me impide hacerlo con todo el acierto que yo deseara.

Espero únicamente de la benevolencia de ustedes se dignen disimular las múltiples faltas que mi trabajo encierra.

Voy á tratar, aunque muy rápidamente, del sentimiento estético.

Este es el más noble, el más sublime, el más elevado de cuantos adornan el corazón humano; es la cultura del alma, la que hace nacer en nosotros el amor hacia lo bello.

Belleza llamamos á esa simpatía, á ese atractivo que experimentamos á la vista de algunos objetos, que además de agradarnos y de atraer nuestros sentidos, nos separan del mundo material para remontarnos á otro mucho más elevado, más noble, más puro, el mundo del ideal.

Belleza encontramos en la naturaleza cuyo lenguaje habla directamente al alma y la convida á soñar, á idealizar. Bella es la ciencia que rasgando el velo de la ignorancia y presentándonos la aurora de la verdad y la justicia, rompe las cadenas del esclavo y le da una patria y una familia, devol-

viéndole todos sus derechos, de los cuales la injusticia producida por la ignorancia le había despojado. Ella es también quien abre hoy, tanto al hombre como á la mujer, un horizonte, un porvenir brillante y risueño por medio de los conocimientos adquiridos en la escuela.

¿Quién sino ella salva á la humanidad de grandes males, mediante descubrimientos tan benéficos como los de Pasteur, Jenner y otros?

Pero todavía es más bella para la mujer, á quien devuelve su puesto de compañera, en lugar del de esclava, en el hogar. Es la ciencia la que da á la mujer facultad para trabajar, y ser, de esta manera, útil á sí misma y á la sociedad, deshaciéndose así de la indispensable tutela que antes pesara sobre ella.

¡Bellas son las artes, que interpretan el misterioso lenguaje de la Naturaleza!

Las emociones que nos atraen á la contemplación de la Naturaleza y á la práctica del arte y de la ciencia, son producidas por el sentimiento estético, el cual es innato en todo ser humano, y tan propio de nuestra naturaleza, como puede serlo la facultad de pensar y la de querer. Negar que en el fondo de todo ser racional palpita el amor á lo bello, que existe una aspiración constante á gustar los inefables goces que proporciona la belleza, y aun á realizarla, equivale á nivelar la condición humana á la de los irracionales, pues sólo á ellos no anima un espíritu ideal, cuya sensibilidad exquisita es la que forma el sentimiento estético.

La verdad de esto la veremos palpable si observamos que los niños desde muy pequeños muestran lo que podríamos llamar «instinto» por lo bello, revelado por la inclinación que les hace preferir siempre lo más agradable, lo más bonito: aun en sus mismos juguetes, no eligen uno indistintamente, sino que prefieren el de colores vivos, el de porcelana más fina. Esto comprueba que el amor á lo bello es natural en el hombre desde su más tierna edad.

Este sentimiento tan hermoso y tan útil, innato ya en to-

do ser humano, como acabo de decir, es fácil de desarrollar, y debe desarrollarse no sólo en las clases privilegiadas, según la creencia errónea que muchas personas, aun medianamente instruidas, tienen, las cuales afirman que la educación estética es meramente «aristócrata.» ¡Como si ese sentimiento no fuese propio de nuestra naturaleza y común á todos los hombres! Así pues, debe cultivarse en todas las clases sociales, desde el más poderoso potentado hasta el humilde jornalero, y precisamente es en la clase humilde en la que con más empeño debe procurarse embellecer los sentimientos. Esto debe comenzar desde la niñez, pues los niños son los hombres de mañana, los miembros de la sociedad venidera; son los capullos que, en su metamorfosis, están llamados á transformar la faz del iniverso entero!

A nosotros toca cuidar de la existencia de estos seres y del cultivo de su vida intelectual por medio de la educación, ó lo que es lo mismo, por el desarrollo uniforme de sus facultades, tanto físicas como intelectuales y morales.

El medio poderoso con que cuenta la educación para embellecer el sentimiento es el cultivo de las bellas artes, las cuales no son más que la expresión de la belleza. Así el artista pintor, por ejemplo, traza en el lienzo un hermoso lago, con su límpida corriente de cristalinas aguas, y antes de transcribirlo al cuadro el artista, ya el pincel del ideal lo había trazado en su imaginación, pues aquel paisaje del que forma parte el lago, una vez concluído, sólo es la imaginativa del pintor, el espejo donde él ha reproducido su idea, ó sea la traducción de la belleza de sus sentimientos, alcanzada mediante el cultivo del hermoso arte de la pintura.

Otro tanto nos sucede con la poesía, la música, etc. ¡Cuántas veces al escuchar un trozo escogido de música, al pasar nuestros ojos por los versos de una bonita poesía, nos parece como que el autor adivinó nuestros pensamientos, participó de nuestras sensaciones y de nuestras ideas, traduciéndolas luego al papel.

Es que el sentimiento estético innato, sobre todo en un sér-

civilizado, crece y se desarrolla muy rápidamente, como ya dije antes, con el cultivo de aquellas artes que con tanta razón llamamos: «artes bellas.»

Si fijamos nuestra atención, notaremos que rara vez una persona dedicada á estas artes manifiesta instintos perversos; esto debido á que ellas purifican y ennoblecen el alma, proporcionándole goces tan sencillos como desinteresados y agradables, y embelleciendo la vida, á la que hacen más atractiva, más amable. Cuánto mejor sería en todas esas personas ávidas de distracciones, entregarse á las inocentes y simpáticas que nos proporcionan las artes, en vez de correr tras esas otras que envenenan el corazón y envilecen el alma! ¡Cuánto más agradable y útil les sería, en vez de ir á presenciar una «corrida de toros» ó una «pelea de gallos,» recrearse embelleciendo al mismo tiempo su alma, con las melodiosas notas de un piano, con presenciar una bonita función en el teatro, con dirigir el pincel para figurar el risueño paisaje, ó el lápiz para determinar las curvas de un dibujo!

Para las personas aficionadas al arte, la vida tiene doble encanto del que le encuentran la generalidad de las gentes; y es visto, pues ellas encuentran en la música, la poesía, etc., una especie de amigos, los más sinceros, que con sus notas la una, con sus versos la otra, y casi todas á su vez, participan de sus simpatías, de sus pesares, de sus tristezas, de sus alegrías, proporcionando distracción al ánimo y vigor á su espíritu.

Además de las ventajas ya dichas, tenemos la de que el sentimiento estético da á la persona que lo posee cierto atractivo, cierta simpatía, y hasta parece que más valor ante la sociedad.

¡Qué contraste presentan en un salón, por ejemplo, los modales finos y delicados de una señorita de esmerada educación con los modales bruscos y exagerados de aquella á quien se ha educado en el campo, enseñándole únicamente los conocimientos necesarios para desempeñar sus trabajos materiales, y sin atender á cultivar el gusto estético, necesario sobre to-

do en la mujer! ¡Y qué diferencia entre la simpatía que sentimos hacia una y otra! La primera se granjeará las miradas de todos los que la rodean y de la sociedad en general; la segunda se verá aislada y desatendida, pues su falta de educación, con la cual viene enlazado el sentimiento estético, la hacen poco aceptable en sociedad.

Pues bien, para dotar al niño de educación estética, tan favorable en sociedad, nada hay más elocuente, más sublime y que tan directamente hable al alma, como el misterioso lenguaje de la naturaleza. Los aterciopelados pétalos de una flor, ese hermoso color escarlata con que el cielo se tiñe por las tardes, la tibia claridad de una noche de luna, todo esto forma un conjunto poético, que eleva el alma y la transporta hasta el sér más ideal, más sublime, «hasta Dios;» haciendo que se adunen en ella el sentimiento estético con el religioso, y también con el amor á la patria, que nos permite disfrutar en su seno tan gratas emociones.

Pero hay otro medio de embellecer los sentimientos del niño, con el cual se consigue acercar más su alma á la naturaleza, unirlo á ella con más íntimos lazos, haciendo que le parezca más hermoso el color de sus flores, más poético el murmullo de las fuentes, los trinos de los pájaros, la caída de la tarde. ¿Cuál es este medio? Hacer que el niño «cultive la tierra,» que sea él quien aplicando sus conocimientos científicos, dé más belleza y desarrollo á sus flores, mayor cantidad de miel á sus frutos; esto es, hacerlo intermediario entre Dios y la naturaleza, enseñándole á cultivar la tierra. El niño que en tan loable tarea haya pasado sus ratos de ocio, no inundará en lágrimas el rostro de su buena madre, con sus repetidas incorrecciones, ni mortificará á su padre con sus muchas exigencias; pues su íntimo contacto con la naturaleza formará en su corazón gustos sencillos, sentimientos nobles y culto por el bien y la verdad, esto es: «conciencia recta.» Tiene de este modo adelantada una gran parte del camino de su felicidad, contribuyendo también á la de los seres que más tarde le rodeen. A sus padres cabe entonces, al se-

pararse de su hijo, decir con toda confianza: ¡¡He cumplido debidamente con mi misión!!

Pero no basta para embellecer los sentimientos del niño enseñarle á traducir y á admirar la naturaleza, procurarle el estudio de las bellas artes, el de la ciencia, y el cultivo de la tierra; preciso es también enseñar y darle á conocer la «belleza que encierra la virtud:» esto debe formar una parte muy esencial de su educación.

Con este objeto se pondrán ante sus ojos ejemplos vivos que le hagan sentir esta belleza, amarla y estimarla. Así por ejemplo, para dotarle de valor cívico y de amor patrio, se le referirán hechos históricos, tales como el generoso perdón concedido por el heroico Don Nicolás Bravo á sus prisioneros españoles, al tener noticia de que su padre había sido muerto en sus manos, y teniendo también orden de vengar esta muerte con la de todos los españoles que se encontraban en su poder.

De esta misma manera, para enseñarle á procurar ser útil á sus semejantes y á conocerse á sí mismo (cualidad tan útil como poco común por desgracia), se le referirá cómo Franklin llevaba consigo un libro de memorias, en el que diariamente, antes de recogerse por la noche, haciendo una especie de reminiscencia ó examen de conciencia, apuntaba las buenas acciones con que había aprovechado el día y sido útil á sus semejantes; y cuánto se entristecía la vez que al abrir su libro se encontraba con que no tenía qué apuntar, pues el día había pasado desapercibido sin que él lo hubiera utilizado haciendo alguna buena acción. Se reprendía á sí mismo su proceder, proponiéndose, y logrando, al siguiente día enmendarlo. Se le hará ver al niño el alto grado de perfección á que llegó Franklin, debido á esta continua vigilancia que ejercía sobre sí mismo; y se pondrán en su conocimiento los muchos descubrimientos que hizo, con los cuales fué un hombre muy útil á la sociedad y honroso para su patria.

Tengamos presente que el alma se eleva al bien por lo bello, por el hecho de que «bello» y «bueno» son dos cualidades

que casi siempre vienen asociadas, y también por el hecho de que las grandes virtudes nacen del sentimiento de la belleza, la cual es como exquisita fragancia que exhala la bondad hacia la cual nos lleva, despertando en el alma la aspiración á goces desconocidos para quienes no tienen cultivado el gusto estético.

Una vez que en el niño se ha embellecido el sentimiento, preciso es también dotarlo á él de belleza, de esa belleza que da finura y delicadeza á los modales, cierto timbre de dulzura y afabilidad á la voz, cierto donaire y compostura en el modo de andar; en una palabra, una especie de corrección, elegancia y pulcritud, que revelan luego, y muchas veces antes de tratar á la persona, que ésta posee una esmerada educación y exquisita cultura, que en parte deben á éstas su origen, y en parte á la delicadeza de alma, cuyas formas se traslucen por medio de la urbanidad.

«La belleza de corazón del niño, unida á su aptitud para ejecutar actos bellos y para estimarlos en sus semejantes,» harán nacer hacia ellos la simpatía, pues ésta se produce cuando hay conformidad de ideas causada por la semejanza de caracteres: así vemos esta simpatía entre varias personas que poseen un mismo arte ó profesión. Forman agrupaciones, se reúnen en sociedades y viven unidos con los lazos de la amistad más estrecha; participan siempre de las mismas ideas, de los mismos pensamientos; no parece sino que son miembros todos de una sola familia.

Muchas veces esta simpatía, salvando los mares, se extiende á dos ó más personas separadas por miles de kilómetros, y que tal vez ni aun se conocen. Es que ellas al transmitirse sus ideas, han encontrado igualdad de pensamientos, conformidad de caracteres, y la simpatía se ha producido como consecuencia de esta semejanza.

Pues bien, esta simpatía también el niño la siente hacia aquellos seres que se le parecen; así como vemos que de muy pequeño busca á los de su edad, así veríamos que este cariño, esta simpatía, se haría general más tarde entre todos los

hombres, si á todos ellos desde niños se les infundiera el culto del sentimiento estético.

Ojalá y así como desde muy pequeños se procura que los niños aprendan las primeras letras, tomando la lectura como la base de la instrucción, ojalá y así se tomara el sentimiento estético, como es «la base de la educación y la moral,» procurando desarrollarlo en todos los hombres, desde aquel que pertenece á la clase más encumbrada hasta el de la más humilde.

Veríamos entonces como estando todos los hombres dotados de sentimiento estético, nacería entre ellos la simpatía general de unos á otros, esto es, la fraternidad universal ó sentimiento humanitario. ¡Con cuánto gusto veríamos á todos los seres humanos formar una gran familia, animada de mutua simpatía, de sentimientos nobles y generosos; desapareciendo ya las mil preocupaciones que hoy existen de raza, nacionalidad, etc. Preocupaciones bien infundadas ciertamente, pues que habiendo igualdad de educación, tan capaz es el individuo de raza blanca como el de raza negra, de ejecutar acciones grandes y loables, tan digno es un compatriota como un extranjero de ser en todas partes bien recibido, tan alma tiene el amo como el criado para sufrir cuando se le maltrata y se le desprecia. ¿Por qué, pues, este desprecio, esta humillación hacia todos los seres de raza, nacionalidad ó esfera distinta á la nuestra? ¿Por qué tiempos atrás, y aun en la época moderna, permanecieron y permanecen en determinados países tantos pobres seres sometidos á la injusta y triste esclavitud?

Porque se había prestado muy poca atención al desarrollo del sentimiento humanitario, ese fraternal sentimiento que guía nuestros pasos hacia el ser que sufre é invoca nuestro auxilio; hacia el pobre huérfano que se encuentra sin hogar; éste es el que guía los pasos de un superior hacia su súbdito cumplido, pero á la vez necesitado, en cuyo mérito nadie había reparado para auxiliarle, haciéndole justicia.

Afortunadamente comienza ya á darse importancia en la

educación al cultivo del sentimiento estético, el cual una vez extendido á todos los hombres, dará origen al sentimiento humanitario; éste hará que todos los hombres se comprendan mutuamente, que extranjero y ciudadano se comuniquen sus conocimientos uno á otro, y ambos se favorezcan, lo cual contribuirá al adelanto y progreso de las naciones.

Ver llegado el día en que estos dos sentimientos se hallen desarrollados en todas las clases sociales es mi deseo, y creo también será el de las personas que me escuchan. Para verlo realizado debemos cultivar y desarrollar en nosotros mismos y en el niño muy especialmente, el hermoso sentimiento estético!!

México, 13 de Julio de 1901.

CATALINA ROCHA.